

cuentenario de la publicación de *Alegre*, o sea las bodas de oro de Hugo Wast, como literato. Y el número capital de tales celebraciones fue la aparición de las *Obras completas de Hugo Wast*, en dos lujosos volúmenes de cerca de cuatro mil páginas en total. La admirable compilación comprende no solamente todas las novelas del autor, sino todos sus cuentos —entre los que los hay realmente magistrales—, todos sus discursos— de los que no pocos son verdaderas joyas de antología— y multitud de artículos diversos sobre cuestiones literarias, históricas, polémicas, bibliográficas, retóricas, científicas o simplemente informativas.

Un análisis completo de las novelas de Hugo Wast (que es lo que he querido anticipar en esta síntesis) conduce lógicamente a las siguientes conclusiones:

Puede suceder, y de hecho sucede, que otros autores superan a Hugo Wast en la elegancia y casticidad del estilo, en el alcance social de sus relatos y hasta en el modo —casi instintivo— de cribar las novelas y despojarlas de frases y detalles inútiles. Puede acontecer, asimismo, que a varios de sus libros sea posible oponer otros mejores dentro del tema. Pero, tomada en conjunto la vasta labor del novelista rioplatense, no podrá negar nadie que se trata de una obra superior a todas —o a casi todas, por lo menos— en los que hace a la diversidad de los temas, a la multiplicidad de los personajes, al interés de la narración, a la viveza del diálogo, y la novedad de los desenlaces y al hondo soplo de humanidad que les da vida y que asegura su inmortalidad.

CUENTO PARA ABOGADOS

"LA EMBOCINADA"

RAFAEL OSORIO

Angel María se llamaba cuando ingresó a la Facultad de Derecho un estudiante de provincia, mandado por su padre para que aprendiera leyes y lo defendiera de las argucias rabulescas con que cierto tinterillo del pueblo estaba a punto de dar al traste con el patrimonio familiar. Cuando Angel María terminaba su bachillerato oía atemorizado y compungido todos los arbitrios y socaliñas de que se valía el tinterillo para despojar a su padre de su modesta hacienda, adquirida con tanto esfuerzo.

Aquei sentimiento innato de justicia que mantienen todos los hombres en lo íntimo de su ser de una manera misteriosamente intuitiva, se hizo en el estudiante de último año de secundaria concientemente reivindicador y justiciero. Adivinó que únicamente aprendiendo todos esos recursos procedimentales que manejan Jueces y abogados podría contrarrestar las oscuras tretas que el rábula provinciano esgrimía contra su padre. Este lo alentaba a estudiar los códigos, pensando que cuando su hijo terminara estudios de derecho, pudiera reivindicar parte de sus bienes y su fama.

Desde cuando Angel María llegó a la Facultad se sintió poseedor de aquella misión vindicativa y se dio a estudiar con tal empeño y seriedad que a los pocos meses de iniciado el

primer año de estudios, sus compañeros le colgaron el remoque de Doctor Angel; tal era su consagración al estudio, su inquietud por todos los enredijos de los códigos y la sutileza de las cuestiones que proponía a sus Profesores que en ciertos momentos los dejaba perplejos.

Cuando empezó a estudiar la Filosofía del Derecho y a descubrir toda esa montaña jurídica construída a través de tantos siglos por la malicia de unos hombres y el sentimiento de equidad de otros, se dio cuenta de todo lo pequeño que era aquel enemigo de su padre que torticeramente le amargaba sus últimos días. Se dijo que con toda la sabiduría jurídica que pensaba acumular en sus años de Universidad podría dar cuenta de vulgares litigantes y poner en alto y en su noble sitio el ejercicio del derecho, disciplina tan humana y divina al mismo tiempo.

Se entregó así con pasión verdadera a desentrañar el auténtico sentido de las normas jurídicas, elaboradas con sabiduría y experiencia por tantos peritos de la doctrina y la jurisprudencia, pensando de muy buena fe que su luz era tan enceguedora que no podría dejar avanzar el error en los encargados de administrarlas. De idealista de un interés particular y familiar se tornó en idealista de la ley, desde su fuente natural, emanada del propio Creador universal hasta su aplicación a las relaciones de los hombres. Así se convirtió en jurista en comprender el sentido de las normas legales y abogado de esa causa imponderable y general que defienden ante Jueces y Tribunales los hombres a través de mil aplicaciones prácticas.

El Doctor Angel, graduado por sus comañeros de estudios, con un título al principio de escarnio y luego de respeto y admiración, se doctoró de veras un buen día en que su padre no estaba del todo arruinado, porque el rábula enemigo encontró más fácil y descansado incorporarse a un movimiento político que lo llevó a la asamblea de su Departamento, en una campaña donde el habilidoso tinterillo descubrió cuán grande era la ingenuidad e ignorancia de los electores. Inmediatamente abrió su bufete en la capital y empezó el ejercicio de la abogacía con un pequeño asunto que si no le daría fama ni honorarios que contribuyeran a compensarlo de todo ese ca-

pital invertido en su preparación, sí por lo menos tendría la virtud de habilitarlo para un ejercicio experimentado y competente.

Se trataba de un sórdido terrateniente lugareño de las vecindades de la capital que era propietario de una pequeña parcela improductiva por sí misma, pero colocada por capricho del azar, en una zona industrial que impedía ensanchar las instalaciones de una fábrica de productos de primera necesidad el cual se negaba a venderla en espera de que cualquier día su ambición se viera colmada por una exorbitante ganancia, a pesar de que mediaba promesa de contrato.

El doctor Angel abrió el baul donde guardaba toda su sabiduría jurídica y se aprestó al combate como un caballero que pulía y ponía en orden sus armas antes de la justa medioeval. Qué diluvio de memoriales disparó entonces el Doctor Angel contra los indefensos y malhumorados empleados del Juzgado que se cogían la cabeza a dos manos pensando qué cosa sería aquella del abuso del derecho. Sea porque los sacerdotes de la ley no entendían la plegaria o porque el Doctor Angel había enderezado mal la acción, el asunto es que la demanda se enredó y como en la torre de Babel el litigante no se entendía con sus Jueces, el pleito se empantanó y los poderdantes del neófito abogado lo apremiaban porque la demora en iniciar el ensanchamiento de su fábrica los perjudicaba.

Un día en que el doctor Angel se mostraba más desesperado y cariacontecido se le ocurrió que a donde no se puede ir volando se llega caminando y que no siempre se puede volar a pesar del compromiso en que nos ponga un tal nombre. A veces para persuadir a la gente hay que buscarle el lado, que no siempre está recostado contra los muros de un palacio de justicia. Y sin embargo de que el señor abogado aspiraba a emplear sus armas bruñidas en la Universidad y a llevar a su adversario al campo de los códigos, sospechó que esta vez, tendría necesidad de pisar los terrenos a donde lo conducía su cazarro enemigo.

Echando a un lado escrúpulos llamó el doctor Angel a su adversario para que cambiaran un buen arreglo por un mal pleito. Sospechaba que el campechano propietario se dejaría persuadir mejor con una sabrosa plática, con regateo y opor-

tunidad de que éste usara sus propias armas, que con la morosa y severa imposición de la justicia. No andaba desarcertado el doctor Angel quien notó en la voz de su contraparte un dejo de satisfacción y confiancilla que le indicó que aún la gente humilde quiere sentirse alguna vez poderosa y árbitro de una solución. Aguzó los sentidos y la malicia que habían nacido en la provincia para ponerse a tono con su contendor que lo citó a palabrear a un juego de tejo situado en los suburbios de la ciudad. Allí concurrió discretamente el abogado, pues no quería que nadie se enterara de que conservaba costumbres de profesional de pueblo, poco honrosas ya para un abogado pulido de la capital.

Tímido y abochornado llegó el doctor Angel a un patio cercado con barda de tapia pizada y en uno de cuyos extremos había una cantina con enramada de teja metálica, estantería llena de botellas de aguardiente y cerveza y ventera robusta y atractiva que mantenía revoloteando a su alrededor unos cuantos parroquianos que la cortejaban y asediaban. En un lado del patio se vían los dos tableros de madera y los planos inclinados de arcilla de los campos de tejo y en el centro de ellos las dos bocinas metálicas, como las bocas de dos batracios que se tragaban a veces los discos y los mordían, haciéndolos estallar con temerosas detonaciones. Hombres de condición humilde, trabajadores y oficinistas pobres en mangas de camisa y algunos con sombrero iban y venían de un tablero al otro, riendo y tomando cerveza, se ponían los discos frente a los ojos y luego los lanzaban girando por el aire, conduciéndolos, a manera de radar, con movimientos del cuerpo que se inclinaba en un esfuerzo estéril hacia el lado contrario al que seguía el disco que luego se enterraba en la arcilla blanda y ocre.

Era ya un poco tarde cuando el doctor Angel hacía el reconocimiento del campo escogido por su contraparte para la entrevista. Tenía un poco de aprensión, pero se dijo que no sería difícil entrar en ambiente, ya que aquella atmósfera la había vivido en sus años mozos, cuando visitaba su pueblo natal en vacaciones y hacía programas de tejo con sus amigos en las tardes de los domingos. Bien era cierto que entonces era un estudiante y no había otra diversión en el pequeño pueblo y ahora era un doctor en leyes, pero no es imposible

acomodarse a etapas ya vividas. No bien entró al patio el doctor Angel, lo divisó su contraparte y le salió al encuentro lleno de euforia y exuberancia, invitándolo a la cantina con apretones de brazo, palmaditas en la espalda y alusiones chocarreras al pleito. ¿Hoy sí vamos a arreglar la litis, doctorcito?, le decía el rubicundo propietario, soltando una estrepitosa carcajada que apagaba las detonaciones de los petardos. El doctor Angel, todo mohino y cortado, acompañó de mala gana hasta la cantina al odioso y confianzudo bebedor, quien le presentó al amigo que lo acompañaba, uno de esos ayudantes de tinterillo, correvedile de Inspección y quien para presumir de litigante se puso hipócritamente del lado del abogado para alternar con éste de igual a igual.

En el otro extremo del patio estaba otro campo de juego solo, con algunas mechas rojas junto a las bocinas y los tejos de hierro colocados sobre los tableros. El astuto propietario del lote en cuestión lo miró y de pronto se le iluminó la cara astrosa. Doctorcito, le dijo a nuestro molesto Abogado, ¿no le provoca echar una manita de tejo? El doctor Angel, entre picado y receloso, miró la cancha de tierra húmeda, un poco fría al acercarse el atardecer y le pareció que aquello era como el campo de una batalla y que se encontraba en los dominios de su adversario. Sin embargo no era hora de amilanarse ni de mostrar repugnancia o cobardía. Tomó conciencia de su ancestro provinciano, se quitó el saco, soltóse la corbata y con el sombrero puesto, como veterano que domina el campo, se dirigió, botella de cerveza en mano, a la cancha vacía, seguido del bebedor y de su acólito; tomaron los tejos, los sopesaron, éste colocó las mechas en el borde de las bocinas y empezaron los discos a volar, con frecuentes detonaciones cuando eran lanzados por el contendor del doctor Angel; su ayudante lo adulaba, corría a reemplazar las mechas quemadas y hacía alusiones al negocio.

El anfitrión del abogado continuaba bebiendo y se entraba la noche. Echémosle otra tanda, doctorcito, decíale cada vez que le ganaba una partida al doctor Angel que no las tenía todas consigo. Se olvidó un poco del pleito, sintiendo el estímulo de toda competencia y la pasión del juego que lleva a hacer ostentación de superioridad y dominio; los tiros empezaron a ser cada vez más certeros y su contricante se ponía

atufado y celoso. Era ya casi de noche, se veían apenas las bocinas y el volar de los discos; una lámpara encendida en la cantina iluminaba débilmente la cancha y ponía un tono sepia en aquel cuadro, enrojeciendo más la arena de los campos, el rostro de la ventera y los bebedores y el de los litigantes, que se apasionaban cada vez más.

Oiga doctorcito, dijo de pronto, desafiante, el propietario demandado; ¿por qué no le echamos la litis a que no emboquina ésta? El abogado, que ya tenía el disco pronto a lanzarlo, se detuvo y se dio cuenta que estaba muy oscuro; miró a sus dos acompañantes que lo observaban, el uno con provocación y el otro boquiabierto y expectante. Dudó un poco. El retador repetía en voz más alta el desafío y empezaron a acercarse jugadores y bebedores; el patio y la cantina quedaron solos; todas las personas estaban colocadas haciendo calle de honor al disco que iba a ser lanzado pronto. Al abogado se le ocurrió cambiar la suerte, mientras se serenaba; aquel público lo estaba poniendo nervioso. Era preferible defenderse, pues si su retador fallaba tendría más confianza en sí mismo. Acepto, le dijo; lance usted primero; ahora es usted el demandante. Al rubicundo propietario le cayó en gracia la alusión forense.

Se colocó en la cancha con soltura y suficiencia y un poco de desdén hacia su débil enemigo. Está muy oscuro, exclamó. Su lugarteniente corrió y trajo una esperma. La encendió y la colocó sobre uno de los tableros; la bocina se iluminó débilmente, lanzando una pequeña sombra hacia el discóbolo ebrio. Este volvió a repetir la apuesta. Si gano, dijo, el doctorcito desiste del pleito; si pierdo, le vendo el lote por lo que me han ofrecido. Todos los espectadores gritaron con entusiasmo y miraron compadecidos al doctor Angel. Voló entonces el disco de su contendor, perdiéndose en las sombras de la noche, apareciendo instantes después sobre la bocina; se oyó un ruido metálico, pero ninguna detonación; el jugador corrió jadeando a la cancha donde alumbraba la esperma; allí estaba la mecha intacta; el disco había golpeado el borde contrario, donde se vía la sombra producida por la luz de la bujía. Lanzó una maldición y se volvió a la línea de lanzamiento.

Allí estaba el doctor Angel, erguido, un poco tembloroso, colocando los pies en posición de darle equilibrio y seguridad al cuerpo; concentraba las fuerzas y la atención en aquella ju-

gada, como jamás lo había hecho antes de un examen o en el estudio de un caso de práctica judicial. Todos lo observaban entre desconfiados y resentidos, porque miraban al pequeño propietario como a uno de los suyos y al abogado como representante de esa clase poderosa que iba a luchar contra ellos con sus propias armas; pero no dejaban de sentir también cierta simpatía por aquel sencillo abogado que se jugaba su prestigio en una alternativa tan ajena a sus conocimientos. ¡A ver doctorcito!, oyó el abogado que le decía su contraparte cerca al oído. Contuvo el aliento, se afianzó en la tierra un poco blanda y puso el disco frente a los ojos en línea con la bocina y la mecha roja que apenas se vía sobre su borde; lo bajó luego, adelantó el cuerpo y lanzó el brazo hacia adelante. El disco se desprendió de la mano y desapareció en la sombra. Todos los ojos adivinaban su curso y lo seguían; instantes después apareció frente a la luz de la esperma, lanzó una sombra a los pies del abogado, devolviéndose vertiginosamente y uniéndose otra vez al disco de donde había salido, entró con éste en la bocina. Se vio un resplandor rojizo y se oyó una detonación seca; una nube de humo quedó flotando sobre la cancha. El abogado respiró, alzó los brazos y dio un grito de triunfo. Había ganado su primer pleito.

